

1041

1047

BIBLIOTECA NACIONAL
MONTES

CUADERNOS DE MERCEDES

PUBLICACION
LITERARIA
PERIODICA

2

1041

MAYO - AGOSTO
1963



Nuestro reconocido agradecimiento a las siguientes Instituciones y Bancos locales, cuya generosa y desinteresada colaboración ha hecho posible esta segunda entrega de "Cuadernos de Mercedes".

Comisión Municipal de Cultura.

"Ateneo" de Mercedes.

Banco de Soriano.

**Caja Popular de Fomento
Agrícola Ganadero de Mercedes.**

Banco La Caja Obrera.

Banco Comercial.

CASA BORIO

la casa del hombre elegante

Colón y Roosevelt

Tel. 3

Casa CAULIN & Cía.

Roosevelt y 25 de Mayo

Tel. 191

Joyería "EL ONIX"

Lavalleja y Ferrería

Mercedes

HUGO I. SUAREZ

Billares y Accesorios

Sarandí 430

Mercedes

MANUEL V. GASTELUMENDI

Escribano

Rodó 720

Tel. 755

FARMACIA POSTIGLIONE

E. Giménez y 25 de Mayo

Tel. 779

**CUADERNOS
DE MERCEDES**

Publicación Literaria Periódica

2

MAYO - AGOSTO 1963



CUADERNOS DE MERCEDES

2

	Pág.
EDITORIAL Nuestra tarea	5
WILSON ARMAS La higuera	7
SONIA J. CERVETTI De una Crónica Policial	13
ANA VICTORIA MONDADA El Ayer	17
IVAN KMAID Poemas	23
WASHINGTON LOCKHART José Mármol en Mercedes	25
Homenaje	
ENRIQUE AMORIM La Perforadora	31
Mención de Libros	
Bibliográfica	37
HAROLDO CONTI Sudeste (fragmentos)	39
Noticia de los autores	47

Directores:

Wáshington Lockhart
Ana Victoria Mondada

Redactor Responsable:

Ana Victoria Mondada

Redacción y Administración:

Eusebio E. Giménez 620
MERCEDES - URUGUAY

NUESTRA TAREA

En este nuestro segundo número una aclaración nos parece necesaria. "Cuadernos de Mercedes" nace por imperativa necesidad de un medio potencialmente rico pero falto de un organismo que recoja sus inquietudes culturales. Sus páginas, por tanto, pretenden dar testimonio de ese quehacer cultural, pero no solo de Mercedes y del Departamento tomados como núcleo de nuestro interés —tal limitación desvirtuaría el exacto sentido a que responde la aparición de "Cuadernos de Mercedes"— sino que persiguen, además, ser medio expresivo y de vinculación literaria de todo el Interior, o de todo lo que en una u otra forma con él se relacione dentro de esas manifestaciones. Sabemos que no es escaso el número de personas animadas de verdaderas inquietudes literarias que se ven reducidas a silenciar su obra —no importa si pequeña o valiosa— por falta de elementos concretos de expresión u oportunidad de publicar. Súmese a esto nuestra clásica y acostumbrada pasividad, apatía o indiferencia —como queramos llamarle— que ha terminado por crear, claro está, una conciencia abúlica o una actitud de inercia, una especie de letargo que de algún modo debemos arrojar lejos si no queremos ser no sólo víctimas, sino —y principalmente— cómplices. Pero afortunadamente todavía hay gente empeñada en publicar revistas. Entusiasmo, voluntad y trabajo se congregan para hacer posible ese sueño, haciéndolo realidad y enfrentando responsabilidades.

Si bien exigimos una imprescindible y elemental dignidad literaria en los trabajos y colaboraciones a publicarse en la Revista, la elección del material que se inserta pretende hacerse de tal modo que, respondiendo a nuestros principios y deseos, estas publicaciones puedan llegar a toda clase de lectores. Porque importa, en todo caso, tanto como la búsqueda de una razonable dosis de calidad, el que se tenga algo que decir, y que ese algo llegue, sin excepción, a todos. La urgencia de tal necesidad es el único y simple motivo que explica y justifica nuestra tarea. Y nuestro primer impulso es declarar abiertamente, por tanto, que nos sentimos justificados: "Cuadernos de Mercedes" existe y nos hace existir. Y se trata de rescatar para todos este mismo entusiasmo que nosotros hemos puesto en publicar esta Revis-

Cuadernos de Mercedes

ta, entregándonos y amándola en la misma medida en que creemos en ella. Por eso nuestra tarea sólo tendrá sentido siempre que los lectores intenten, por su parte, el mismo acercamiento que nosotros, desde estas páginas, deseamos establecer. Queremos que esta publicación literaria no sólo sea obra de quienes nominalmente figuran como sus responsables sino que se convierta, también, en el modo de expresión de quienes alentándola con su fervor, con su amistad, con su apoyo, identificándose con ella, la ayuden y la obliguen a permanecer. Estaremos defendiendo, en todo caso, nuestro derecho a construir; y cumpliendo con nuestro medio y con nosotros mismos.

A. V. M.

LA HIGUERA

Los fines de semana solíamos reunirnos en casa de unos parientes para jugar a las cartas. Se jugaba al truco o al tuti por placer, sin mediar otro interés que comprobar complacidos los formidables “mentís” tramados con despliegue de ingenio y buenhumor.

Don Leoncio, casi siempre, se unía a la rueda para formar pareja, haciendo alarde de su habilidad. Era parsimonioso pero ejecutivo; y difícilmente sus adversarios podían entrever su juego. Jamás reflejaba la más mínima alteración y su inmutabilidad lindaba en lo cómico. Sus “retos” eran categóricos y sus “metís” irrevocables. De modo que siempre ganaba la partida por amplio margen sin haber tenido en su poder gran juego.

Esa noche se dió por terminada la partida más temprano que de costumbre.

—Esta vez le falló la puntería a don Leoncio— comentó mi padre.

—Y bueno... el que entra ganando... ¿no le parece? respondió el viejo grotescamente.

—Tío parece haber nacido para el juego. ¡Hubiera sido jugador profesional, eh!

—Nunca me gustó jugar por plata. Detesto al jugador. Tu padre, por ejemplo, liquidó su fortuna de la manera más estúpida y dejó a Felipa y a ustedes en la calle —recalcó el viejo.

Tío Rogelio, sentado al otro extremo de la mesa, haciendo montoncitos con los porotos, asintió:

—Es cierto. Recuerdo que “tata” abría la burra y se llenaba el cinto con patacones y libras de oro. ¡Qué picardía! Se marchaba a la carpeta ante la callada protesta de “mama” y regresaba al otro día vacío y malhumorado. Se acostaba sin probar bocado y ¡guay! del que hiciera bulla. La pobre vieja vivía en ascuas cuando él estaba en casa. ¡Ni un llanto, ni una queja toleraba, con tal de no despertar al señor! Prefería mandarnos al campo a jugar...

—¿Y cuántas manos jugamos? —preguntó alguien.

Cuadernos de Mercedes

—Creo que cuatro —contestó mi padre mirando a don Leoncio con indulgencia provocadora. ¿Quiere el desquite?

—No, me voy. Tengo que madrugar.

—¿Y qué tiene que hacer? —le preguntó tío Rogelio.

—Mañana tengo que cortar la higuera.

—¿Por qué no deja para después? Mañana hará mucho calor...

—Quiero echarla abajo cuanto antes.

—Bueno, si es su gusto —dijo resignado aquel, sin agregar palabra.

—No sé qué me pasó esta noche— comentó el viejo al retirarse. Nunca tuve mejor juego y, sin embargo... me corrieron con mentiras. Hay que ser más agalludo... Yo no nací para eso...

—Pasó que usted tuvo miedo— le contestaron.

—¡Miedo no! Me ganaron a mentir— y soslayó a don Juan —viejo ochentón, muy embustero— que reía a mandíbula abierta en la penumbra del farol.

* * *

Un buen día llamaron a la puerta de tío Rogelio.

¿Acá vive Rogelio Fernández?

—Sí, señor, afirmó María, con respeto y curiosidad al ver a ese hombre que plantado en el umbral ocupaba el vano a lo ancho y a lo alto con su recia estatura.

—¿Y, está él?

—No, no está en este momento. Pero ¿qué deseaba?

—¿Usted es la hija de Rogelio?

—Sí, señor...

—¡Ah sí! Yo soy Leoncio Pereira, tío de su padre.

Así se presentó don Leoncio y desde ese momento quedó unido a la familia como un vástago inesperado.

Hacía cuarenta y ocho años que se había exilado de Mercedes y regresaba, ahora, en busca de parientes. Aunque en alguna ocasión él dió a entender el verdadero móvil de su precipitada partida, tío Rogelio recordaba borrosamente el evento que su madre comentó por entonces.

Dicen que en legítima defensa, don Leoncio mató a un hombre en el establecimiento de campo donde ambos trabajaban. Consumado el hecho, huyó de la justicia y cuando estuvo fuera del alcance policial de su jurisdicción, cruzó el río Uruguay, en una chalana robada, y se internó en los montes del Gualaguaychú. Allí se estableció y al tiempo formó su hogar, que mantuvo trabajando de monteador. A

Wilson Armas - LA HIGUERA

los muchos años la familia Pereira —padres y seis hijos— se radicó en la ciudad. Nunca supimos la razón de su regreso a Mercedes y nos llamó la atención el heroico abandono de los suyos, a una edad avanzada, en que generalmente se busca el reposo.

De haber conocido su vida anterior pormenorizada, mi fantasía de muchacho no le hubiera atribuído una existencia cuasi legendaria. Los pocos datos biográficos quedaron en la penumbra de sus reservas y más bien se le juzgaba empíricamente, cuando algún familiar pretendía escudriñar su pasado para explicar la razón de su regreso.

Nos dijo que cumpliría ochenta años a pocos meses de pisar Mercedes. Sin embargo, nadie acertaba en su edad. Era un hombre de contextura recia con algo de titán. Su cabello abundante y no del todo caído tenía el brillo y la flexibilidad propios del joven. Llevaba gruesas gafas que más bien decoraban un rostro cetrino de nobles facciones, y una barbilla entrecana puntiaguda, terminaba por acentuar su poderosa personalidad. Debajo del ala del sombrero negro se ocultaba una frente ancha y blanca que, al contraerse, formaba un enérgico entrecejo de pensador.

Muy en contraste con su rostro, que rezumaba vida de hombre endurecido —por quién sabe cuanta desventura—, su vestimenta ponía un toque de ridícula comicidad. Usaba un sacón extremadamente largo con solapas estrechas; bombachas “porteñas” de casineta, de puños muy ajustados al tobillo; calcetines negros y alpargatas blancas atadas con esmero con cintas oscuras.

Lo burdo de su aspecto se acentuaba en su muy particular costumbre de caminar por el centro de la calle, escudriñando los edificios. Quien veía a este personaje desconocido en semejante actitud, se le ocurría pensar que se trataba de un excéntrico. Pero, en verdad, fuera más lógico justificar a don Leoncio con un río de reminiscencias cabritando en su corazón.

—Mirá, Rogelio: yo todavía estoy fuerte. Dame algo para trabajar. Quiero hacer algo...

—No hace falta, tío. Usted se queda tranquilo en casa, que techo y comida tendrá.

—¡No faltaba más! ¡Toda mi vida trabajando y ahora a vivir como el zángano! ¡No faltaba otra cosa!

A Rogelio no le quedó otra alternativa que transar! A las pocas semanas don Leoncio recorría las calles adoquinadas empujando una pesada máquina de escardar lana. Caminaba cuerdas y cuerdas desplazándose costosamente con ese carrito de ruedas de madera macizas, siempre bien dispuesto a cumplir con diligencia el pedido de algún

Cuadernos de Mercedes

cliente.

—¿Sabés, Rogelio, que está grande Mercedes?— comentaba el viejo al fin de la jornada.

Durante estos años de ausencia, de pueblo se transformó en ciudad y el habitante comunicativo y simple que él conoció devino ciudadano anónimo, indiferente. Su sensibilidad captaba ese cambio sin llegar a entenderlo ni a asimilarlo —¡era tan viejo!— Se conformaba con el reconocimiento de vetustas casonas o alguno que otro paisaje, antaño familiar; y ese juego puro y simple de su pensamiento, bastábale para hacerlo paladear sus recuerdos de mozo. “¡Ni el río tan querido permanecía igual!”.

* * *

A las siete del otro día se sintieron los primeros hachazos. No quería perderme el espectáculo y me levanté de prisa para contemplarlo.

Cuando llegué al sitio ya el duelo estaba en su fragor.

Algo retirado de la higuera, a la sombra, había un jarro de agua fresca; y junto a éste, sobre una hoja de diario, las gafas del viejo.

A cada golpe que descargaba sobre el enorme tronco, el viejo emitía un quejido, algo así como un gemido profundo, como si pretendiera reforzar el impacto. El hacha se incrustaba en el jugoso cuerpo de la higuera con un ritmo parejo y continuado. A veces, saltaban hasta mis pies trocitos de astillas que yo recogía con fruición y tristeza. Esta higuera centenaria que cobijaba con su sombra unos treinta metros de terreno plantado de arvejas y habas, me daba pródiga unas riquísimas brevas blancas desde los primeros días de mi vida. Año tras años era motivo de disgustos porque los muchachones del barrio, con el afán de robar los higos, arrojaban piedras o saltaban la cerca destrozando el sembrado. Esa fue la razón por la cual mi padre, para evitar un accidente, le pidió a don Leoncio que cortara la higuera.

A las siete y media, el sol picaba y el leñador decidió sacarse la faja y descansar un poco. Se sentó algo distante y la observó con detención... Con un pequeño meneo de cabeza me dijo: “Dentro de un rato está en el suelo”. El tronco ya mostraba la herida mortal pero aún se mantenía firme, desafiante. Un chorro fino de savia se derramaba como un arroyito de sangre blanca sobre la tierra reseca.

Tag, tag, tag, comenzaron a retumbar los golpes nuevamente, pero esta vez sonaban fofos. De pronto todo el ramaje comenzó a inclinarse peligrosamente sobre el alambrado. Desde mi sitio daba la sensación de un velero escorado con su parduzco velamen extendido.

Wilson Armas - LA HIGUERA

Con una crepitación ensordecedora, la vieja higuera se desplomó pezosamente...

Eran casi las nueve.

—Había “resultao” porfiada la moza —comentó fatigado.

Bebió un poco de agua, se acomodó los lentes, se ajustó bien la faja y se sentó cómodo sobre el grueso tronco derribado. En su cara estaba pintado un inequívoco orgullo. Sus ochenta años no fueron obstáculo para derribar ese gigante; y, como David, saboreaba la victoria sobre los despojos de Goliath.

Había vencido.

—Mañana con la fresca vengo y la tronzamos —me dijo.

Ese día almorzó como un león hambriento y decidió no dar su habitual caminata, aprovechando para dormir una siesta.

Al otro día tuvo que salir con su máquina de escardar lana. Un trabajo imprevisto le impidió terminar con la tala de la higuera.

A media mañana se oyeron gritos destemplados. “¡Se cayó muerto, vecina! ¡Don Leoncio se murió! ¡Corran, vengan...! ¡A tres cuadras de aquí está tirado en medio de la calle!

Yo fui uno' de los primeros en llegar al lugar. Cerca de la cuneta, junto a su carrito de ruedas macizas, yacía don Leoncio con una sonrisa esbozada y su barbilla, cuidadosamente puntiaguda... Quedó como una espada dirigida al cielo. Sus manos quisieron apretar, en su último estertor, algo que no pudieron... Debajo del sombrero negro asomaba un mechón de pelo desordenado que caía sobre su blanca frente.

Los curiosos, atónitos, miraban en silencio el cuerpo de ese viejito conocido en toda la ciudad pero que, sin embargo, muy pocos habían tratado.

Una hora después llegó el Forense, pachorriente, y mirando al policía que se había quitado la gorra, dijo indiferente: “Ataque cardíaco. Pueden los deudos recogerlo”.

Cuando el cuerpo estuvo en su casa, se encontró en el bolsillo del largo saco negro, entre un sinnúmero de objetos personales, una carta que comenzaba así: “Querido papá: Ya va para un año que te fuiste con nuestros parientes que no conocemos y todavía no recibimos ni una tuya. ¿Cómo estás? ¿Te hallas tan lejos de nosotros? Tu nietita te extraña...”.

Era evidente: la vieja higuera no quiso morir sola.

DE UNA CRONICA POLICIAL

Durante ese año, las Fuerzas Armadas habían intentado varias veces apoderarse de la Casa Presidencial y tomar el mando. Los pobladores se habían acostumbrado, pero esto no les hacía sentir más tranquilos. Acostumbrarse podía ser la muerte para algunos, para esos que sentían que la vida sería posible sólo conservando el instinto de rebelión.

Muchos episodios los conmovieron entonces. Sólo los conocían por bocas ajenas; ninguna palabra en la prensa, porque no se permitían publicaciones de ese tipo: nada que minara el patriotismo.

Tal vez el más grave de ellos sucedió en julio de ese año. Un grupo de rebeldes planeaba volar una estación policial. El hecho hubiera sido pequeño, insignificante dentro del todo, el comienzo de una acción más amplia. Después de largas investigaciones, los rebeldes habían averiguado que ese era el cuartel general donde residía el único cerebro capaz de mantener el poder de los militares y la policía unidos, para apoyar al gobierno estable, o, en todo caso, al último gobierno que se había agarrado fuerte en el poder, y que conservaba con grandes esfuerzos alguna apariencia de legalidad. Y era necesario hacerlo desaparecer. Pero el motín fracasó. Los culpables fueron perseguidos de uno en uno, porque se habían separado para huir, y fueron muertos o murieron de alguna manera, algunos por amigos que los habían delatado, porque creían cumplir con su deber. Todos murieron, pero no inmediatamente, y, el último de ellos, ni siquiera por las mismas razones. La crónica policial no conserva todos los nombres, y ellos no están completos. A veces se publicaron otros datos —edad, nacionalidad, profesión— pero la mayor parte de los casos fueron iniciales o nombres ilegibles, aparentemente equivocados. He reunido los siguientes: Alfonso, H. Gutiérrez, Ricardo H. (uruguayo), Rodolfo M. J. (32 años), Carlos H. B., M., Cirilo O. Son pues siete los rebeldes que dejaron algún dato. Sin embargo, sé, como saben muchos otros, que participaron cerca de doce hombres. Se dice que el más joven sólo tenía 17 años.

Cuadernos de Mercedes

Los hombres habían corrido varias cuadras, casi deslizándose contra las paredes altas de ladrillos, y debajo de ventanas ya cerradas, de puertas tapiadas. El estallido de la revuelta los conducía como ratas al muelle, juntos y apilados, corriendo con miedo de ser vistos. La policía patrullaba las calles, pero eran pocos ahora para recorrer toda la ciudad. Parecían turnar los barrios, y los hombres habían imaginado esto como la regla. Corrían hacia el muelle, protegidos tenuemente por una tranquila ingenuidad. Allí iban todos, con sus apariencias raras, a veces sucios o rotos o demasiado pulcros, casi sospechosos. Durante la mañana no habían pensado que esto sucedería, y habían decidido abandonar los cajones escondidos en el lanchón. Pero ahora la situación era demasiado peligrosa. Se habían recibido órdenes de evacuar ciertas zonas, y era inminente que esas zonas fueran bombardeadas. Debían pues rescatar las cajas. Cada uno de ellos hubiera querido contar con los demás, pero se conocían demasiado bien. Era inútil pedir confianza, y tal vez era mejor así. Cada uno sentiría que debía defenderse solo.

M. sintió de pronto el tirón en el costado; se fue deteniendo hasta que se abandonó, sentándose en el borde de la vereda. Ahora solo faltaba otra calle, los recortes de césped en las pequeñas placitas, bajar algunos escalones, continuar por la orilla hasta el viejo sauce que sostenía la lancha, sacar las cajas e irse. M. no podía seguir. "Me quedaré de campana", dijo, y lo dejaron. Los vio correr alejándose, y casi se vió a sí mismo; ya no era el viejo equipo. M., arrastrándose, trató de apoyarse contra la pared.

Parecían oírse pisadas, lejos. Seguro de estar fantaseando, se quitó los zapatos con alivio. Sus ojos se cerraban. Creyó dormir, y cuando soñaba con soldados que cercaban a vagabundos, despertó. A pocos pasos un soldado empuñaba el fusil. Quiso apresurarse, huir, pero debía buscar sus zapatos. Nunca había andado descalzo en la calle, y hacía frío. Horrorizado, veía los ojos brillantes que lo miraban, con una ira extraña y un rencor injustificado. ¿Todos los ojos de soldados eran así? . . . Alcanzaba su zapato sin dejar de mirar al soldado, hipnotizado, cuando éste levantó el arma y disparó.

Solo, tal vez perdido para siempre, aquellos momentos sin sabor definible, olvidado del color del cielo y del pasto detrás suyo, no concebía que hubiera acabado. Los relojes marcharían aún, seguros, sobre limpias láminas blancas, ocultos a los impacientes empleados públicos. Las prisiones iguales. Sentado al almuerzo, delante de platos de latón, llenos de estofado y cebolla, pan tostado luego de una semana de humedad que hacía chorrear las paredes. El jarro de agua con el núme-

Sonia J. Cervetti - DE UNA CRONICA POLICIAL

ro. ¿Por qué recordó en ese instante a su abuela, con el pañuelo negro atado flojamente bajo la barbilla? Los guardias se paseaban, vigilando la comida. Oía sus gritos de niño, los gritos de otros niños luego de borracheras, todo dando vueltas, cuando cayó hacia atrás, nada, polvo, solo.

* * *

La tierra era tibia, yo veía su esfuerzo por acoger a todos, por abrazarnos. El sol brillaba, atrás y arriba de árboles viejos y deformados. No había ninguna magia que se ocultara allí, aunque todo era extrañamente fuerte, aún los árboles, el sol, que golpeaba nuestros rostros; la tierra, que subía hasta nosotros. El paisaje era claro, sin embargo, y no debía encerrar ningún misterio. Yo me sentía allí otro objeto, y también mis compañeros, porque empezaron a revolverse intranquilos, buscando la casa. Caminamos hasta desprendernos de los árboles, y entonces la vimos. Baja y blanca, con oscuras manchas de humedad. La rodeamos, impacientes y preocupados.

El oficial gritó: "salga", "venga afuera", "manos arriba" o algo semejante. Y esperamos. Pero nadie respondía. Reinaba una extraña calma. El oficial decidió arriesgarse. Corrió a la puerta y la abrió. Apuntamos y corrimos tras él. Pero nuestras preocupaciones no eran necesarias. El hombre quizás había hecho el trabajo solo, y veíamos su cuerpo desde afuera.

Yacía de espaldas, y tal vez había caído mucho rato después de muerto. Algo había pasado en el techo. Tenía un profundo y ancho agujero, y se había desprendido un tablón. La cama estaba deshecha, y una silla con ropas caída. No era grandioso. Si hubiera estado vivo, no se habría levantado más. Sus piernas estaban dobladas inexplicablemente. La plancha de mármol de la cómoda derribada, había caído sobre él. Estaba retorcido como si hubiera reaccionado a ese dolor de después de muerto. O no había muerto al colgarse. Tenía los huesos de las piernas hechos astillas.

* * *

Si su vida se hubiera detenido en aquel momento se hubiera sentido compensado. Ningún ojo humano le hubiera juzgado, los ojos del mundo hundido ya ni siquiera hubieran podido juzgar. Miró hacia atrás. El camino espinoso, aún torcido y embarrado más por las lluvias de otoño, le contemplaba sin vida. Todo aquello sin embargo, le animaba, le comunicaba desde un rincón invisible, esa triste serenidad y voluntad pasiva y consciente. Miraba hacia atrás, cuando sintió sus manos clavadas en su hombro. Nadie lo había seguido, y trató de olvidar que él sabía. Sentía que su corazón cambiaba, que sus ojos veían

Cuadernos de Mercedes

cosas diferentes donde había solo ramas muertas. Las manos seguían apretando, pero ahora eran pacientes, seguras ante el inevitable momento. El dueño tenía tal vez una sonrisa dura y quieta en su boca, y tal vez sus ojos veían el mismo paisaje moribundo y vacío que los suyos. Sus manos olían a paja, a pasto, a hierba. Pero sus ojos y su boca desmentían seguramente el tierno olor de sus manos. Olvidado del presente, alzó su mirada al cielo encapotado, a las nubes de lluvia corriendo hacia el oeste, a las copas de los árboles húmedos, hacia los palos telefónicos coronados por nidos de pájaros. Se sintió calmo, serio, tan dueño de su vida como no lo había sido nunca, todos sus temores empañados ante la certeza. Entonces volvió sus ojos adelante, y encontró los suyos. Creyó suspirar un momento, pero no había sido él, sino el otro, o tal vez los dos a un mismo tiempo, confundidos entre sí por el pesaroso pasar de los minutos, olvidados de su tarea, huídos en vano de su deber. Sus miradas se fundieron largo rato, y nuevamente cesó el fluir del tiempo. Las manos, ahora sin vigor, reposaban en su hombro. “Nunca creí verte”. “Ya es la hora; debes apurarte”. “No importa la espera. Te explicaré”. Pero las palabras solo querían herir un silencio que les parecía peligroso. Ambos tenían miedo ahora. Tal vez el sucio y opaco brillo del metal les hizo volver a sí mismos. Los ojos se tornaron tan dulces y tan secos, que no sintieron más rencor. Pronto todo habría terminado. Pero no, ¿qué pasaba ahora? Era un niño pequeño, corriendo tras las ovejas, descalzo y bajo un sol brillante. Tiraba piedras al aire y cantaba, gritaba canciones aprendidas más tarde, sus manos se balanceaban. Corría por el campo, hundido en el verde inexplicable, rodeado de la calma soleada del verano, la brisa que traía perfumes del sur. Corría y se deslizaba en las pendientes de las colinas, cuando todo el campo se abría ante sus ojos, aún cuando ya los había cerrado.

EL AYER

Matilde está sola sentada frente a la estufa de campaña y mira con fijeza el fuego. Ha llegado de la ciudad esa mañana. ¿Se le hizo corto el viaje? ¿O largo? Ella misma no sabría decirlo. Sólo sabe que todo lo ocupó el recuerdo de Miguel y que le gustaba pensarlo, igual que la noche y el día anteriores, igual que todas las noches y los días desde que Miguel faltara, noches y días interminables continuamente medidos por su ausencia. Por eso ha vuelto a aquel lugar.

Es temprano todavía, pero sin saber qué hacer, sentada junto al fuego, es como si en silencio hablara con Miguel. El había sido como esas chispas que se escapaban de los leños encendidos y en el aire desaparecían. Había brillado sólo un instante para luego extinguirse enseguida. Y eso nunca pudo preverlo, de ahí que fuera tan violento el despertar. Sólo quedó entre sus manos vacías el recuerdo intenso de algo que pudo ser llamado un milagro. Pero, ¿qué es un milagro que dura toda la vida?. Hasta los sentimientos más hondos no nos sorprenden si nos son habituales. Matilde recién ahora veía claro todo esto. Por eso no estaba arrepentida o dolorida de haber vivido lo que había vivido. Al fin de cuentas todo acaba, y al menos poseía unos pocos días de amor como único saldo verdadero con que presentarse luego, cuando también fuera llamada a enfrentar la muerte. No, dolorida no, pero sí muy sola, más sola que antes de haber conocido el amor de Miguel. ¿Amor? ¿Qué era el amor? ¿Qué significaba ahora esa palabra? Oh, qué lejano todo, qué lejano. Y sin embargo, sí, había sido cierto, había querido bárbaramente. Pero a veces —quizá por eso mismo— dudaba de que hubiese podido suceder. Y entonces se sentía como engañada. Pero lo más terrible no era haber perdido aquello, o dudar a veces, o sentirse engañada, sino sentirse sola. Y sentía la soledad como una prueba, algo quizá importante por lo que necesitaba atravesar. Todas las pruebas por que atravesamos tienen un sentido —pensaba; de ellas depende, a veces, el que descubramos una verdad escondida. Una verdad... ¿Es que acaso existe una sola verdad? ¿O muchas?. Ahora mismo, en esta tarde, ¿cuál verdad, qué verdad importante era la suya?

Cuadernos de Mercedes

Estaba como clavada sobre su amor, pero viva aún, y ardiente, no sabía morir.

Matilde estira las piernas. El fuego le acerca una dulzura despiadada. Y soporta la luz de las llamas tal como una herida en carne abierta y viva sufre el aire. Al levantar los ojos y mirar por la ventana grande, ve cómo la tarde se va consumiendo detrás de los cerros color lila. ¿Es que era otoño ahora? El día entero había tenido cara de ceniza, el viento era frío y los árboles, muertos. Todo parecía estar en el secreto. . . Y ella misma, ahora, se sentía también como una cosa muerta. Se había apostado toda entera al amor, y había' perdido. Derrota sin gloria, o derrota de desesperado. Y ahora la pena de la tarde parecía posada en ella para siempre. ¡Qué distinto todo a cuando ella y Miguel habían llegado! Recordaba que había espinillos en flor por todas partes e infinidad de sendas trepaban los cerros que brillaban por encima de las casas. Cada planta y la menor brizna de pasto parecían despedir calor humano. Era todo tan hermoso que se sentían deseos de estallar. Y en ese momento más que nunca había sentido impulsos de abrazar a Miguel, como si necesitara inevitablemente sentir y compartir con él tanta belleza junta. Y tenía la impresión de sentir palpar el amor sobre la piel, en los hombros, en las manos, un poco en todas partes.

Miguel y ella habían anclado entre las sierras porque nunca habían podido reconciliarse con el modo de vida del pueblo. Y allí recién habían encontrado la serenidad, la paz. Era realmente un alivio vivir en el campo donde la gente sabía hacer otra cosa que caminar en la calle apresuradamente, preocupada, o estarse tirada en la arena de la playa para tostarse el cuerpo. En el campo los días parecían tener un motivo, un objeto; la gente trabajaba y vivía a conciencia. La vida allí era vida; no era un enloquecimiento y tampoco era un dejarse estar ni era molicie.

Ya no sufrían por el sin-sentido de las cosas. Lo esencial era que se pertenecían y que todo les parecía hermoso porque estaban juntos. A veces, sin embargo, Matilde tenía la impresión de haber dejado de existir del todo; cuando él la llamaba, por ejemplo, y ella se apresuraba a ir a su encuentro. O cuando él la miraba triunfante; o dulcemente, como movido por una súbita ternura. Pero Matilde, gustosa, renunciaba a la defensa; y se amaban en silencio entonces, como para entregarse mejor. ¿Cómo olvidar su contenida emoción, la intensidad que ponía siempre en sus caricias? Todo en él era espontáneo y hondo y llegaba hasta el fondo mismo del ser. ¡Con qué amor se había entregado a ella, y a la vida, y a la tierra, a esa misma tierra que ahora

Ana Victoria Mondada - EL AYER

lo cercaba, oscuramente apretada contra él! (¿Seguiría sintiéndola recogida e íntima como una alcoba, como una vez se lo confesara a ella cuando ambos todavía vivían el mismo milagro de amor sobre sus plantas?)

* * *

Esa mañana, al llegar Matilde montada en el único carromato del lugar, había tropezado primero con las casas viejas de los lados del camino cuando aún se iba llenando de recuerdos su mirada. Y al llegar a la que había sido suya todo lo había encontrado cerrado y oscuro. Un gorrión muerto yacía tirado sobre los escalones mojados de la escalerita de troncos. Y adentro, un silencio que parecía escuchar. Se quedó inmóvil en medio de la pieza, recorriendo con la mirada cuanto allí había, recordando; era como una mirada perdida dentro de sí misma. ¡Qué ridículo se le antojaba todo! El olor a encierro la acosaba y lentamente encaminóse a abrir la ventana. Los gestos tranquilos de sus manos eran como un desdén doloroso, como si sólo se sintiera habitante de algo muy lejano. Los bancos de madera oscura, los sillones de mimbre, la carpeta tejida de la mesa, los cacharros renegridos junto a la estufa, todo le era conocido y familiar. Sin embargo, sólo sentía el vacío entre las cuatro paredes. Matilde recorría todo como quien se pasea por un día perdido, ese día que marca siempre una rotura vida adentro. Y ella la había sentido desde que una tarde se enfrentara al cuerpo inmóvil de Miguel enteramente cubierto por una frazada.

Su mirada se detenía y se alejaba con dolor de todo aquello: unas macetas ya vacías, un cuerito negro abandonado en un rincón, la puerta de la cocina que una vez arreglara Miguel, la tinaja roja del agua. Tocarlas o dejarlas era dar vida y muerte, alternativamente, a algo que de antemano se sabía irremediablemente perdido. El amor, Miguel, la felicidad —si es que habían existido— habían pasado ya. ¡Y que desgracia no poder decir que también su vida estaba terminada! ¡Y qué desgracia que no fuera posible detenerla o detenerse en ella! No, ya no eran las mismas cosas entre las que antes había vivido; las emparentaba apenas un aire de familia como el que existe entre las hojas de una misma planta que brota cada primavera y luego se marchita:

“Superar la desesperación”, le habían dicho; “edificar la vida sobre le esperanza”. Oh, palabras, palabras. No podía, no quería volver a creer porque no quería engañarse de nuevo. Por otra parte, desde que perdiera a Miguel, tampoco había tenido mucho tiempo de volver a pensar en nada. Ni siquiera para enfrentar su angustia, ni si-

Cuadernos de Mercedes

quiera para edificar una tristeza de dos pisos. El tiempo, siempre el tiempo apremiante, allá en la ciudad, que la obligaba a moverse con prisa, con cansancio y como aislada entre las cosas. Sí, no tenía tiempo ni deseos de pensar, al menos todo el tiempo que ella hubiera querido tener. Y ahora, de vuelta a su vieja casa, posada en el ayer como su vista en los muebles, era como si despertara y se encontrara abandonada al día siguiente de un gran amor.

* * *

Matilde se levanta, se aparta el pelo, se acerca a los vidrios de la ventana, refresca su frente en ellos. Es un silencio ensordecedor que la domina y la asusta, un silencio enorme hecho de pequeños silencios y ausencias acumuladas todas de repente. Vuelve a recordar la última vez que viera vivo a Miguel. Habían estado muy juntos y habían hablado suave, dulcemente, pero no recordaba de qué. Y sentía lo doloroso que es cuando se quieren asir gestos y palabras que no se supo que serían los últimos, y nunca se los recuerda del todo.

Tampoco Matilde era ya la misma, y ella, íntimamente, sabía y sentía que estaba traicionándose a sí misma. Allí, junto a Miguel, había aprendido a respirar profundamente la flor perfecta, agobiadora, del amor. Sobre su carne tibia había deshojado tristezas y alegrías una a una. Había sentido aquel pulso como suyo y había unido el renovado asombro reciente al apretado misterio de las noches. No, ya no era la misma, pero en sus callados deseos, en su tristeza inconfesada, cuánto, ah, cuánto se le parecía.

Con la muerte de Miguel, algo como un mundo avasallante se le había abierto de pronto, o como un brazo que en un instante volteara un árbol y con él toda una vida de corteza y de sombra. Todo su dolor se concentró en un gran silencio interior. Sintió que una noche densa la envolvía, como si exhalase humo su dolor. Pensó entonces que una muerte o una vida valían lo mismo en la balanza del mundo. ¿O habría también alguna ventana para ver a ese Dios de quien tanto había oído hablar?. Un Dios indiferente, en todo caso; un Dios sin ira, sin dolor, sin llanto. Pero quería pensar que el dolor no era el dolor, que no era sino algo pasajero, algo del tiempo y de los hombres.

En la altura de los cerros aún estaba ardiendo el día, pero para ella las horas se le habían devanado en grandes silencios. No, nunca había imaginado que Miguel muriera. Sin embargo, alto y fuerte como era, había algo que a veces lo hacía parecer indefenso; quizá sus ojos claros, o su pelo suave. Y ahora para ella ya no existía la posibilidad de soñar. Ni ese consuelo, siquiera. Por eso quiso volver a esos cerros y a ese cielo. Sentía necesidad de apoyarse en la luz y los recuerdos

Ana Victoria Mondada - EL AYER

de aquellas mañanas llenas de sol pasadas junto a Miguel; apoyarse como un árbol se apoya en sus raíces. Allí los días parecían añadir más luz al día; y la noche reposar como escondida entre el silencio del monte. ¿Qué estaba haciendo ella ahora, en la ciudad, esclavizándose a razón de unos pocos pesos por mes? Y sobre todo, ¿qué pretendía de Luciano?, Luciano que la busca, la espera, la llama, le escribe todos los días. Ella se siente extremadamente cansada para terminar definitivamente con él; casi siempre está cansada. A veces se pregunta qué siente verdaderamente por Luciano; o si él sentirá realmente simpatía hacia ella. A Matilde le importa más cuidar el maquillaje o el peinado antes que recibir un roce o una caricia de sus manos. Tal vez piense que es demasiado simple para ella; o que no vale demasiado. Pero no, no es eso lo que ocurre; le fastidia adivinar por anticipado lo que Luciano va a decir; y le molesta su modo de reír, de sentarse en el cine, o de revolver el café. No, aquello no es amor, aquello es sólo una firme voluntad de aferrarse a algo aunque no se crea en ello, aunque no se pueda ni se quiera volver a creer en ello. Una vez, mientras miraba a Luciano largamente en el rostro, se le ocurrió pensar: "Hace veinte años que trabaja. Dentro de otros veinte años se habrá retirado. En mí el trabajo no me impide que a veces piense en el pasado, en lo que ahora soy, o en lo que ya no espero. Pero él... Y es realmente doloroso. Cada uno de nosotros querría llegar a ser feliz, o por lo menos creer que se alcanza o que es posible llegar a serlo. ¡Qué ridículo parecen, mi pobre Luciano! ¡Y qué ridícula me veo yo también!...".

Acostada ya, el ruido del viento terminó por desvelarla. Se levantó. Buscaba un camino, una salida posible. Se sentía ir y venir entre el sueño de la noche como el roer de un insecto en un rincón oscuro, invisible. Pero en vano. También sus pensamientos iban y venían sin agregar gran cosa.

* * *

A la noche siguiente, tranquila como había venido, Matilde se aleja para siempre. ¿Puede imaginarse un martillo que golpea en el aire, sin yunque, sin destino?. Así se siente Matilde: sin apoyo, sin eco. Y siente que todo está débil y herido como si hachase un árbol podrido.

Toda la noche inmensa es un solo silencio estrellado. Arriba, la luna brilla, brilla como un puñal que desde el cielo amenazara. Y a Matilde se le figura que una mano helada y amarilla se le atraviesa en el camino y quiere detener su marcha. Las ramas desnudas de los árboles parecen nervios al descubierto.

En el ómnibus y ya en camino de regreso, Matilde piensa que

Cuadernos de Mercedes

ahora tiene por delante toda una vida inútil, una vida medida y malgastada en cosas ridículas, en desganos, en nada. Una vida que siempre le estará doliendo. Todo perdido, todo llevado como por un viento irremediable. ¿Adónde mirar, adónde andar para recobrar el esplendor lejano? ¿Adónde, si no sentía ya el reclamo de la tierra?. Le hubiera gustado poder decir a Luciano que no quería verlo más. Pero no ignoraba que no iba a poder hacerlo. Se preguntaba a sí misma si era innoble. O en todo caso, ¿qué clase de mujer era? ¿superficial? ¿indecente?. Quizá un poco como todo el mundo. Y además débil, y egoísta. ¿Y por qué no habría de serlo?

En el pasillo se encuentran un peoncito y un hombre de botas; se saludan poco menos que a los gritos:

—¿Y?... ¿Cómo anda eso?... ¿Hay algo o no hay algo?

—Todavía no... pero no se apure...

—Abra el ojo, ¿eh-. Porque va a ser bravo, entonces, cuando empiece a haber...

En el asiento de atrás dos niños conversan:

—Ahora viene el arroyo Rabón.

—Si está... porque una vez quisimos bañarnos con papá, y vinimos, pero no estaba más... se había ido. Entonces fuimos al otro, al Negro.

La voz de una niña, enfrente, pregunta:

—Mamita, y aunque yo tenga guantes, ¿igual tú sientes las caricias?

De pronto se da cuenta que el ómnibus se ha detenido. Han llegado a la ciudad, que es como decir abandonar sus sueños y regresar al trabajo, a la realidad, a la rutina. Sus ojos desencantados parecen preguntar si es posible que sólo renunciando a la esperanza puede lograrse un acuerdo con el mundo en que se vive.

Alrededor, la gente ha comenzado a animarse; se saludan, se llaman, ríen, discuten —quien sabe de qué. Gritan los vendedores de diarios, de revistas, de caramelos. Se multiplican las luces de bares, autos, reclames, con un brillo refulgente que lastima la vista. Matilde abandona su arropada soledad y se dispone a bajar. Sin mayor inquietud busca a Luciano entre la multitud. De pronto detiene la mirada, lo reconoce, y lentamente comienza a sonreírle.

M U J E R M I A

Cómo negarnos a la tierra
si somos rama árbol
lanzado al viento.

Cómo negarnos a la vida
si somos tierra
y nos quemamos.

No hay segundo
que escape del recuerdo
cuando nos amamos
en este siglo
de pedazos y herrumbre
de esperanza y espera.

Y es verdad
que estamos vivos
tierra
mujer mía.

TRISTE CON LA TARDE

Qué importa
que hayas dicho
estoy triste con la tarde,
que las gaviotas huyan
con la marea.
Qué importa
tu sonrisa quebrada
entre tus dientes
si dejaste
la cara
para verme.
Qué importa
que me quede
con la silueta
de tus ojos
y no te acuerdes
de oír
la última campana
y que camine
hora a hora,
si es triste la tristeza
sólo triste
nada más que triste.

(Del libro en preparación
"Porque impar es la dicha")

JOSE MARMOL EN MERCEDES

No hay, no puede haber, una Historia de la Literatura de Soriano. Falta en absoluto esa continuidad de tradiciones y tendencias que podría significar alguna clase de unidad, el desenvolvimiento coherente de un espíritu propio. En Mercedes sólo hubo escritores, de paso casi siempre, o radicados corto tiempo, autores a lo sumo de algunos trabajos de ocasión. Únicamente en un nivel más bajo, en la modesta aunque a veces tan ruidosa faena periodística, podríamos hallar vestigios ciertos de una modalidad que se reitera o que va evolucionando al compás de las cambiantes influencias de los tiempos. No podía haber, por lo demás, labor editorial. Salvo algun folleto hoy inhallable, y no por cierto con pretensiones literarias, solamente en las publicaciones periodísticas, y posteriormente, ya a fines del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, en las revistas más o menos culturales que entonces abundaban, pueden reconocerse maneras y características (no lleguemos a llamarlas “estilos”) que reflejan el espíritu de una época y de una situación. A este material, a veces bastardo o innoble, pero algunas otras —y no tan pocas— revelador de un estado de alma definido, tendríamos que dedicar, y esperamos hacerlo alguna vez, la consideración que se merece. Estamos seguros de encontrar allí en efecto algunas de las notas dominantes que traducían la situación cultural de la región. A través de todo lo que era imitación servil de experiencias ajenas, conocidas de segunda o tercera mano, más de una vez es posible encontrar la inflexión personal, ese sesgo propio que nacía de la disposición particular con que se recibían esas influencias. Estudiar y discriminar la gravitación e índole de tales factores no dejará de rendir seguramente frutos importantes.

Pero nuestra pretensión es por ahora mucho más modesta; se limita a reseñar a grandes rasgos la actuación en nuestro medio de algunas de las figuras literarias más notables, y revelar de paso algunos datos apenas o nada conocidos acerca de su actividad entre nosotros.

* * *

Hasta 1857, año en que apareció “El Río Negro”, primer pe-

Cuadernos de Mercedes

riódico nuestro que fundaran los hermanos Alcides y Dermidio De-María, la letra impresa era prácticamente desconocida en tierras de Soriano. Los inventarios particulares y de pulperías de la época colonial sólo registran la existencia de algún libro religioso, catecismo o historia de santos y, como única excepción, alguna historia de conquistadores españoles. La revolución de mayo de 1810 hizo llegar a estas regiones algunos ejemplares de la Gaceta de Buenos Aires, y no sabemos si antes algún ejemplar de La Estrella del Sur, la publicación inglesa de 1807. Pero eran tan pocos quienes podían leer en ese entonces, que las resonancias que podían alcanzar tales publicaciones tenían que resultar prácticamente inapreciables. Mucha mayor repercusión debieron alcanzar las enfáticas proclamas de Elío y Vigodet, leídas tras toque de tambores frente a la plaza principal, y, poco después, la inolvidable proclama del 11 de abril de 1811, primera expresión del pensamiento de Artigas que tan hondamente debió llegar al espíritu de los patriotas. Otras proclamas, como las que el 2 y 7 de setiembre de ese mismo año mandó pregonar y fijar en las paredes el Alcalde de Mercedes Mariano Vega, hablan con el único lenguaje que en esos años podía y merecía ser usado. El fervor, el amor a la patria y la disposición agresiva, componen en ellos documentos muy ilustrativos de la pasión que se vivía en esas horas en que se incubaban nuestros movimientos de liberación.

Pocos años después, en 1815, llegaba al departamento, de paso para Paysandú, el Presbítero Dámaso Antonio Larrañaga; y las páginas que escribiera en esos días son ya una inolvidable manifestación de un espíritu singularmente abierto al mundo en que vivía. Releer esas páginas, en las que puede decirse en realidad que se inaugura lo que podría llamarse una literatura arraigada en el lugar, nos reserva siempre un especialísimo deleite, por la jugosa manera con que el sabio visitante describe cosas, personas y conductas.

Pero si Larrañaga no era específicamente un "literato", sí lo fueron algunos de los numerosos emigrantes argentinos que a partir de 1830 llegaron hasta Mercedes huyéndole a la dominación de Juan Manuel de Rosas. Dos de ellos merecen sobre todo una especial recordación. Y fueron ellos nada menos que Esteban Echeverría y José Mármol, figuras de decisiva influencia en el trasplante y difusión de las corrientes románticas que predominaban en Europa. Ambos dejaron constancia literaria de su paso por Mercedes. En esta nota nos referiremos en especial a José Mármol.

* * *

De la estadía de José Mármol en Mercedes poco es lo que

Washington Lockhart - JOSE MARMOL

puede afirmarse con seguridad. Circulan al respecto leyendas que, sin carecer totalmente de veracidad, se originaron fundamentalmente en la imaginación de sus autores. Según alguna de ellas Mármol debió escapar a la persecución de los rosistas disfrazado de mujer, luego de haberse refugiado en el castillo edificado por Mauá, flagrante anacronismo, desde que el Barón no construyó su residencia sino por 1860, muchos años después de la época en que pudieron ocurrir tales sucesos. Pero no faltan testimonios indudables de la presencia de Mármol en Mercedes. En su "Diario", en efecto, expresa con fecha 29 de noviembre de 1840 (1): "Es probable que mañana parta para Colonia. Si no me arrastrase el compromiso para mí tan sagrado de pasar por Mercedes, me quedaría aquí; puedo decir que hoy tengo el porvenir en mis manos (...) Seamos lo que debamos ser y partamos". Frase de la que Rojas concluye que alguna mujer amada debía esperar entonces a Mármol en Mercedes. En el prólogo de las obras de Mármol escrito por Rafael A. Arrieta, se afirma que el autor de "Amalia" contrajo matrimonio en Mercedes con Margarita Vidal, a quien habría conocido por intermedio de una tal Juana, hermana o amiga, no se especifica bien de quien. En los libros que se conservan en la Catedral de Mercedes no existe sin embargo constancia de un matrimonio que no creemos se haya producido aquí. Refuerza nuestra convicción en tal sentido la existencia de una poesía de Mármol titulada "Una tarde en el Dacá", y fechada en Mercedes en enero de 1841 (2), fecha con la que queda ratificada su presencia en nuestra ciudad en el verano de ese año. Tal residencia no pudo sin embargo prolongarse mucho tiempo, pues en mayo de 1841 aparece escribiendo otras poesías en Montevideo.

En el acápite de "Una tarde en el Dacá", escribe Mármol:

"Aquí el genio se siente libre, y se complace,
porque aquí es dulce la meditación; si él agita,
ella calma".

Los primeros versos de esta extensa poesía dicen así:

"De una ligera barquilla	sino de sierras amenas
la sutil y leve quilla	de cristal,
presto va,	do se mira retratada
deslizándose en la fina	la bóveda dilatada
superficie cristalina	celestial.
del Dacá.	Y en la barca navegando
No arroyos de aguas serenas	con el alma palpitando

Cuadernos de Mercedes

vengo a él,
a derramar en el seno
de mi espíritu sereno
dulce miel.
Que esa súbita tormenta
de pasiones que se alienta
entre mí,
no puede sino cual llama

sin el aire que la inflama
ser aquí.
Aquí do tanto evidencia
se entrevé de la existencia
del Señor;
y donde sólo se apura
la sutil esencia pura
del amor...

La segunda parte del poema se compone de catorce cuartetas, de las que transcribimos dos; una de ellas porque nos revela su estado de ánimo en ese entonces, y la otra porque expresa una visión del futuro que está lejos todavía de cumplirse:

“Feliz quien pudiera cambiar su destino,
del ídolo amado cambiarlo a la par,
y en pos de esas aves volar a los bosques
a sólo entre amores la vida pasar!...”

.....
“Y aquestas orillas... ¡oh, ya las contemplo
con casas lujosas que el arte alzaré,
y a vírgenes puras cogiendo las flores
de bellos jardines que baña el Dacá!”

Variando nuevamente el metro, dice en la cuarta y última parte del poema:

“Apenas luz pasajera
del crepúsculo quedó;
y el dorado de la esfera
ya la sombra amarilló.
Sombra vaga y misteriosa
que en su lánguido existir
nos despierta religiosa
los recuerdos del vivir.
A mi barca fugitiva
la detengo en su volar;
para suave y pensativa
quieta el alma suspirar.
Y a los mustios arrayanes
y a las aguas del Dacá

contemplar cual talismanes
en que amor y Dios está.
En qué Dios... ¡y qué verdad!
¿En qué mente de criatura
no ha brillado su luz pura,
si vagó en la soledad?...
Si admiró por un instante
algún prado, una colina,
una estrella peregrina,
o la luna vacilante?...
¿Y qué pecho, cual el mío
joven presa del dolor,
contemplando un manso río
no ha pensado en el amor?

Washington Lockhart . JOSE MARMOL

¿No ha deseado que en su brazo
palpitase su querida
y olvidar en su regazo
los tormentos de la vida?

¡Ay! alguno tal vez goce
lo que apenas pienso yo...

que cual de ese sol que huyóse
ni un destello nos quedó.

Así he visto que volaba
para nunca más volver
la lazada que me ataba
con el mundo y el placer."

Versos que desautorizan, por cierto, toda noticia acerca de su casamiento.

* * *

Revisando los Archivos del Juzgado Departamental, encontré hace unos años un legajo que me llamó de inmediato la atención; se titulaba "Sumario instruído a José Mármol, por tentativa de bigamia", y está fechado en 1835 (3). Creímos en un principio que se trataba del célebre novelista y poeta, pero la fecha no parecía confirmarlo. Nacido el 4 de diciembre de 1818 (aunque Anderson Imbert, entre otros, sitúa el nacimiento en 1817), resultaba casi imposible suponer que a los dieciséis o diecisiete años pudiera estar abocado a un segundo casamiento. Se sabe, además que hasta 1838 estudió en el Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires, que fue encarcelado por sus opiniones políticas en dicho año, para emigrar en 1840 a Montevideo, en donde participó activamente en la campaña periodística entablada contra Rosas. Leímos de todos modos el documento y confesamos que, a no haber sido por la imposibilidad que emanaba de las fechas mencionadas, hubiéramos dispuesto de elementos más que suficientes para creer que se trataba efectivamente del poeta romántico. En julio de 1835 el mencionado José Mármol (después supimos que su nombre completo era "José María Mármol") había intentado contraer enlace en Mercedes con Carmen López de Haedo, residente en Paysandú. Se supo entonces que ya había contraído matrimonio en San Vicente, provincia de Buenos Aires, en donde residía su mujer Estanislada Cáceres con algunos hijos en número no determinado. No paraba allí el asunto, sino que se averiguó también que Mármol le había pagado a dos gauchos de Río Negro para que atentaran contra la vida de su mujer, a la que dejaron "cargada de heridas" luego de asaltar su casa en San Vicente. Emigrado también de la Argentina luego de la deposición de Balcarce, Mármol ejercía funciones de capatáz en el paraje Las Higuieritas, en el Rincón de las Gallinas, en campos que eran propiedad de Mercedes Haedo, residente entonces en Mercedes. Descubierto su intento de uxoricidio y bigamia, se embarcó y desapareció de estos lugares, sin que se supiera nunca más su paradero. Se le instruyó su-

Cuadernos de Mercedes

mario en ausencia, y entre quienes depusieron estuvo el Dr. Luis José de la Peña, párroco entonces de la Iglesia de Mercedes, figura descolante en la docencia y en la política uruguaya y argentina, a quien se llegó a acusar, con injusticia que después debió reconocerse, de haber ocultado y auspiciado los designios de José María Mármol. Extraña coincidencia, pues, de nombres y de situaciones, pero que ha quedado ya aclarada sin dar lugar a dudas.

* * *

Volviendo pues al poeta, a ese joven de veintidos años que descubriera la atmósfera romántica de nuestro humilde Dacá, se sabe que participó en algunas tertulias que se llevaban a cabo en la casa de los Albín, situada en la esquina sur-oeste de las actuales calles Florida y 18 de Julio, enfrente a la casa en donde los hermanos Salvador y José María del Carril, otros dos ilustres emigrados, habían establecido un modesto almacén, con cuyo negocio poder subvenir a sus necesidades. Y en esa casa de los Albín, entre cuyos visitantes estaba el coronel Joaquín Teodoro Egaña, queda todavía, reseco ya su tronco más que centenario, el jasmín del país que, según lo afirman descendientes de don Francisco Albín, fuera plantado por el célebre poeta argentino. Nada más dejó el poeta entre nosotros: una poesía y un árbol que ya hace tiempo dejó de florecer. Alcanza, sin embargo, para que permanezca vivo el recuerdo de su alma "suave y pensativa" que apenas si hizo más que suspirar entre los "mustios arrayanes" del Dacá.

- (1) Citado en la "Historia de la Literatura Argentina", de Ricardo Rojas, "Losada", 1948, Tomo II, pág. 440.
- (2) José Mármol, "Armonías", Buenos Aires, "La Cultura Argentina", 1917, pág. 219.
- (3) Archivo del Juzgado Letrado Dptal. de Mercedes, 1835, legajo N° 20.

El cuento que aquí se inserta ha sido extraído del volumen "La Trampa del Pajonal"; con tal publicación "Cuadernos de Mercedes" quiere también manifestar su adhesión a los homenajes que la ciudad de Salto tributara recientemente al escritor desaparecido Enrique Amorim, en el segundo aniversario de su muerte.

L A P E R F O R A D O R A

I

—¡Encarna! —llamó con grito ronco Sigüenza a su mujer—. ¡Encarna!...

Y por entre el tupido cerco de madreperlas y ligustrum pasó la clara vocecita de Encarnación:

—Voy, estoy encerrando al ternero...

Los rayos del sol poniente traspasaban el follaje. El humo de una fogata de basuras ponía una movable cortina en la tapia. Con un cortaplumas, Sigüenza limpiábase las uñas, de pie, como un tronco, en el patio de los naranjos. A su alrededor iba y venía el perro de la casa. Clocleaban las gallinas en el vecino gallinero de palos y escaleras rústicas. Pájaros trazaban trayectorias caprichosas por el cielo. Laboriosas hormigas seguían su caminito, a pocos pasos del hombre.

Se oyó un portazo y el balar de un ternero. Sigüenza levantó la vista. Encarnación, con un balde de leche venía hacia él, de blanco, con los brazos remangados y el cabello caído sobre la cara.

Cerró Sigüenza el cortaplumas. La mujer dejó el balde de leche en una mesa de piedra, bajo el naranjo mayor.

Encarnación era bella, rubia, blanca. Tenía más de veinticinco años y una sonrisa dolorosa para todo el día, desde el amanecer a la caída de la tarde. La noche poníala plácida y tranquila. Mirando el camino que pasaba frente a la casa, tornábase silenciosa, como dueña de un pensamiento oculto. ¿Por qué ese camino la ponía pensativa? ¿Por qué iba a la ciudad, a la lejana ciudad? Si alguien pasaba por allí, miraba el bulto perderse en los campos, allá en la loma, donde desaparece el camino. Si se acercaba Sigüenza y ponía una de sus manos en su cabeza, ella tomaba aquella mano, se la llevaba a la boca y la be-

Cuadernos de Mercedes

saba. Luego, si él se lo permitía, se la llevaba a sus mejillas y se daba el calor que en ellas se encendía... Y siempre mirando el camino, como si fuese una persona querida o ingrata, indiferente de tan hermosa...

—Mañana vendrá la perforadora —dijo Sigüenza, caminando hacia la mesa de piedra— y en seguida comenzarán a hacer el pozo.

—¿Dónde? —preguntó su mujer.

—Al lado del depósito, ¿no te parece bien?

—Sí, al lado del depósito...

Caminaron hacia la casa. Sigüenza buscó una silla y se sentó de frente al camino, en una galería. Cuando Encarnación terminó de arreglarse y disponer la comida, fue a su lado. Preguntó:

—¿Y el sillón?

Aquella pregunta era un reproche. A Sigüenza jamás se le ocurría traer el sillón para ella.

Fue por él.

Se hamacaba cansadamente, silenciosa, pensativa, mirando el camino, cuando Sigüenza le dijo:

—El que viene con la perforadora es Mario Cufre.

—¡Ah, sí! Mario Cufre, aquel del asunto con Susanita...

—Sí, el mismo —e hizo una pausa de indeciso— con Susanita, Clara o María Esther... Todas esas loquitas todavía andan atrás de Mario.

—¿Y él?... —preguntó Encarnación.

—Como siempre... No lo caza ninguna...

Era ya de noche. Sigüenza había fumado tres cigarrillos seguidos. Encarnación miraba el camino y de vez en cuando suspiraba.

Aquella escena, anterior a la llegada de la perforadora, se venía repitiendo desde cinco años atrás. Los mismos días, las mismas palabras, una sola conversación continuada, un tanto fatigosa, siempre desgana.

Sigüenza era feliz. Encarnación también, mirando el camino que lleva a la ciudad. Nunca pedía nada. Jamás insinuaba un cambio. Sigüenza pasábase el día en el campo. A veces, desde una ventana, ella lo veía trabajar, allá a lo lejos. Recorrer los campos, curar animales, cuerear... Volvía al atardecer, cambiaban algunas palabras, cenaban y a la cama.

Desde hacía una semana había una preocupación. Hacer un pozo para tener agua potable, y poner un bebedero cerca de la finca.

Pero llegaba la perforadora. Todo estaba solucionado. Con ella entraría el progreso, seguramente. Aquella máquina abriría un pozo

Enrique Amorim - LA PERFORADORA

de agua cristalina y se volvería a la ciudad.

La víspera, Sigüenza abrió una botella de vino reservado para festejos, mientras Encarnación contemplaba el camino.

Cuando su marido la llamó desde el comedor, Encarnación volvió a la realidad. Estaba soñando, dejándose ir por ese camino que, allá a lo lejos, en la loma, se perdía. En la noche, el rastro aparecía más claro. Los campos de un verde oscuro daban relieve al camino lejano. Era ese mismo camino que pasaba por frente a su casa, solitario, abandonado en la pampa.

Encarnación estaba soñando cuando su marido la llamó desde el comedor. Era la realidad. Y, frotándose los brazos desnudos, con un mimo singular, entró en el comedor...

II

Tres días bravíos de calor llevaba Cufre trabajando, sin levantar la vista. Sus fornidos brazos acompañaban al barreno subir y bajar constantemente. Aquella barra de hierro, aquel enjambre de poleas, aquellas explosiones de la máquina y el sordo ruido de la barreta hundándose en el suelo, tenía impresionada a Encarnación. ¿No era acaso el progreso que insistente repicaba como una campana en la estancia?

Asomada a una ventana, Encarnación se pasaba la tarde. Mario Cufre daba vueltas alrededor de la barra perforadora, con los brazos en alto, haciéndola girar por medio de un trozo de madera que hacía una cruz en el hierro.

No levantaba la vista. Repetidas veces se le cayó el sombrero y siguió machacando, como si nada hubiese sucedido. Llegaba luego un chico —ayudante en la empresa— y recogía su sombrero. Sin abandonar el tramo de madera, tomaba el sombrero con una mano y seguía, seguía trabajando.

A veces Encarnación tenía ganas de acercarse. Pero aquel hombre joven y sin embargo grave se lo impedía. ¿Acaso la miraba en la mesa, como para darle confianza? ¿Acaso hablaba más de cuatro palabras? No le hacía caso. Dirigía la palabra a su marido: conversaba con él; reía con él, con Sigüenza, sí, era un hombre encantador. Pero trabajando y con ella era un ogro.

Una tarde, en el décimo día, Encarnación se atrevió y envióle un mate con la negrita. Desde la ventana ella pudo ver el gesto, el ademán antipático que hizo Cufre.

La negrita volvió con el mate lleno. Encarnación miró el pico

Cuadernos de Mercedes

de la bombilla y como si la mordiese se puso a chupar.

Al instante llegó su marido. Aquella repentina aparición enardeció a Encarna. Acechó, miró como una fierecilla desde su ventana, a los dos hombres. Parecióle descubrirse a sí misma.

Conversaban. Ella oía confusamente sus voces. Cufre hizo subir la barreta. El motor cambió de marcha, haciendo un ruido diferente. Quedó al aire la punta de la barra perforadora. Ambos se acercaron, tocaron el hierro raspando en él. Cufre extrajo un poco del barro adherido. Se lo enseñó, en la palma de la mano, a Sigüenza. Volvió la barra al pozo y el ruido del motor fue el mismo de antes, de todas las horas del día.

—¡Paf, pum! ¡Paf, pum! ¡Paf, pum!

Y los hermosos brazos del hombre, en alto, empuñando el trozo de madera que hacía cruz con la barra.

III

Cufre volvió al pueblo por un nuevo barreno. Había hallado una veta de piedra dura, imposible de vencer.

Al regresar, Encarnación esperó su arribo, sentada en el sillón. Singüenza andaba por el campo. Si la hubiese visto tan compuesta, ataviada con su mejor vestido, le habría llamado la atención.

Cufre se acercó a preguntar por Singüenza. Traía el nuevo barreno.

—¿Esperará hasta mañana para comenzar con la nueva pieza? —le insinuó Encarnación.

—No, no. Hoy mismo, tengo apuro

—¿Qué apuro? ¿Por nosotros, por mí...?

El la miró por primera vez de frente, de cerca, en los ojos. Y, como tenía el sombrero puesto aún, se lo quitó.

La frente blanca de Cufre contrastaba con sus mejillas y sus brazos curtidos y quemados por el sol. El notó la sorpresa de Encarnación, e iba a adelantarse hablando de su piel, pues sentía las miradas de la mujer en su frente, cuando descubrió a lo lejos la silueta de Sigüenza, jinete retornando a su casa.

—Allá viene Sigüenza —dijo.

—Voy a preparar el mate, siéntese Ud. —pretextó Encarnación para dejar solo a Cufre.

Se alejó éste hacia el pozo. Encarnación fuése a su cuarto y se mudó de vestido.

A la hora de la comida, Cufre, observando que Encarnación

Enrique Amorim - LA PERFORADORA

había cambiado de traje, le dirigió varias veces la palabra.
Fue larga la sobremesa.

IV

Con la nueva barreta marchaba mejor la tarea. Sigüenza se quedó en la estancia la mañana de la prueba. Un poco extrañado de que Cufre no utilizase el tipo moderno de la perforadora rotativa; Sigüenza se dio a hablar de sus conveniencias.

—Sí —respondióle el pocero—; pero con la rotativa Ud. malogra una vertiente. Perfora las piedras, hace un hueco en ellas y sigue hundiéndose. Mientras que con el sistema antiguo, con éste, Ud. deshace la piedra, la parte y puede traer hacia el pozo, por una de las rayaduras, un hilo de agua utilísimo.

—Y, entonces, ¿qué mejoras se consiguen con la nueva máquina? —preguntó interesado el dueño de casa.

—Una sola: que el pozo se hace derecho y no se corre el peligro de torcerlo, cosa que sucede muy a menudo con este sistema. Una desviación pequeñísima le echa a perder un pozo. Tiempo perdido y rabieta. Y, si uno lo entrega defectuoso, las que pagan el pato son las varillas de la bomba, una vez instalado el molino. Cada semana se rompe una. Hay que poner mucha atención con estas perforadoras antiguas. No distraerse por nada del mundo.

Y, minucioso, atento, Cufre seguía manejando la lenta rotación de la barreta, tratando de no desviarla un solo milímetro.

—Un descuido —siguió diciendo el pocero— puede malograr un pozo; una desatención le echa a perder a uno todo el trabajo... Y vuelva Ud. a hacer otro pozo con este calor...

Sin hacer comentarios, como temiendo una distracción de Cufre, Sigüenza se alejó. Antes de salir al campo contóle a Encarnación su conversación con Cufre.

—No lo distraigan, no vaya a ser que nos salga mal el pozo —dijo.

Encarnación, asomada a la ventana, contempló al trabajador. Cufre, al descubrirla, se colocó de frente a ella. Y, con las manos en alto, agarrado fuertemente al trozo de madera, seguía dirigiendo los golpes de la barreta de hierro. De vez en cuando levantaba los ojos. Encarnación creyó verle sonreír. El motor seguía, con sus explosiones, abriendo boquetes en el silencio de una bochornosa tarde de verano.

Tres días después la barra perforadora había sufrido una desviación considerable. A tal punto se había desviado que la dificultad para moverla se podía apreciar en el resoplar cansado, trabajoso del motor. Por momentos no le daban las fuerzas para levantar la barra. Al fin reventaron las poleas y aquélla se quedó fija, dentro del pozo, clavada.

Encarnación no comprendió hasta qué punto llegaba la cólera de Cufre, quien arrojó violentamente el sombrero contra la barra de hierro.

—¿Qué pasa? gritó ella desde la ventana.

Cufre alzó la vista. Tomada de las rejas, Encarnación le sonreía. Frente al espectáculo desolador del tiempo malgastado, del dinero perdido; frente a la firme palabra de “¡no más!” que la barra inmovilizada le parecía gritar, frente a todo ese imposible, Encarnación, enamorada, era una cosa blanda, dulce, fresca, tras de las rejas. Cufre corrió hasta la ventana. Agarró las manos de la mujer contra el hierro de la reja y metiendo su cara entre los barrotes buscó besarla.

Encarnación dejó caer su rostro, entre las rejas, como en un cepo. El cebo de la trampa era la boca anhelosa del pocero.

—Esta madrugada nos vamos... —consiguió murmurar Cufre. Luego, repetida la frase, tomó en sus labios una fuerza inusitada de mandato.

Encarnación vió correr el camino que va al pueblo como un tren apresurado. Y en su delirio de besos, golpeando su frente en los barrotes de la reja, menudeaban sus voces afirmativas... Hasta quedarse con un “sí” en los labios.

El sol partía la tierra. Habían ásperas chicharras en las cinas. Un perro, alzando la cabeza, parado a los pies del pocero, olfateaba el aire. En el andamiaje de la máquina perforadora —esqueleto de maderas y poleas de cuero— se detuvo una bandada de mixtos, como presintiendo la eterna inmovilidad del aparato.

* * *

Quien cruce el camino que va de “La Lechuza” hacia “Tangarupá” topa con la perforadora cargada de nidos. Va poco a poco tomando la singular apariencia de un árbol seco, con múltiples ramas hospitalarias.

MENCION DE LIBROS

HAROLDO CONTI: "Sudeste" - Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1962, 160 ps. (1er. Premio en el concurso de Fabril Editora 1962).

Con una fuerza narrativa de sobrecogedora evocación poética, *Sudeste* desarrolla con sorprendente nitidez el drama de la vida de un hombre del Delta. El Boga, cuyo nombre simboliza hábilmente la característica definitoria del personaje, es una suerte de vagabundo que vive en íntima relación con su medio, revelando en sí todos los elementos comunes de la vida del lugar.

Este personaje andariego, solitario y oscuro, modela sus costumbres en un acuerdo tácito con la estación en que se encuentra, a momentos sólo parece durar y es esa especie de "gratuidad" de su existencia, la fachada de una libre indeterminación que lo introduce más hondamente en la profundidad de su drama.

El comienzo del relato lo encuentra trabajando en el junco. Un viejo con su compañera tienen una choza junto al arroyo Anguilas, hace años que tratan de vivir del corte del junco y un día el Boga acierta a pasar por allí y se queda trabajando con el viejo.

La vida en común de estos seres se manifiesta con toda la austeridad que les es propia. Modelados física y espiritualmente por las áridas condiciones del lugar, son personajes introvertidos y huraños y su vida marcha, se diría, a un ritmo perfectamente identificado con la naturaleza: "Ni el viejo ni el Boga hablaban nunca más de lo necesario. Aunque se entendían a las mil maravillas. Los dos se internaban al amanecer en aquella soledad verde y rumorosa que se contoneaba blandamente a cada ráfaga de viento. Cada uno se habría camino por su lado con los pies metidos en el agua". Ellos son parte de ese mundo, y ese mundo en sí y a momentos el río, el bote, la choza, el hombre, se integran todos en una existencia que manifiesta una suerte de leyes que el hombre, vínculo gratuito de aquellos elementos, conlleva, diríamos, en una especie de mística aceptación: "Y si había en él algo neto y definido, algo por encima de todo, era precisamente esa completa pasividad, esa aceptación o sumisión a lo que viniese del río, el buen o el mal tiempo, las aguas altas o las aguas bajas, todo en fin, la vida o la muerte".

En la proximidad de la primavera el viejo enferma, es trasladado al hospital de San Fernando y allí poco después muere. Emotivos y simples son narrados los momentos relativos a su muerte. En un medio que les es extraño, entre los rezos de las monjas, actitudes que no comprenden, estos seres se comunican con su sola presencia, sólo se sienten, saben que están: "Estuvieron observándolo un par de horas, mudos y pesarosos, sin saber qué hacer ninguno de los cuatro. Entraron dos monjas y se pusieron a rezar el rosario. Ellos se turbaron todavía más. ¿Que estarían haciendo? Cuando entendieron que había llegado el momento, la vieja se aproximó al lecho y le acarició los cabellos. Entonces el viejo se irguió en el lecho y los miró a todos con extraña lucidez. Parecía sereno, victorioso y tremendamente digno.

Agarró una de las manos de la mujer y dijo: ¡Vieja!

Fue todo lo que dijo".

Esta será la señal de partida para el Boga. Nuevamente sólo, él es el

Cuadernos de Mercedes

dueño de su libertad, es obvio el parentesco del drama de la vida de este hombre con su correspondiente conflicto existencial. Lo gratuito, que había sido el primer elemento que podíamos destacar, trasciende lentamente a lo que cabría llamar fabricación de un destino: "El estaba tendido en aquel cobertizo, en medio de una inmensidad deshabitada. En cierto modo, era como estar tendido en una balsa que boyaba a la deriva. Este sentimiento le producía un raro contento. Se sentía respirar y moverse levemente con mil movimientos y crujidos de sus ropas húmedas, duras y mugrientas; se oía y sentía de cien formas, en toda la extensión de su cuerpo. Y su propia presencia pesaba sobre él, como algo latente, cálido y muy solitario. El era, en ese momento, el centro anegado por las aguas. Un sobreviviente. El silencio y la noche y las aguas desbordadas y la soledad de aquel río semejante al mar venían a morir alrededor de él. El sentimiento de esto, no la idea, le provocaba una extraña alegría y una especie de rara seguridad".

A medida que el hombre se desliza por el río se precipita inexorable presa de la contingencia hacia su destino trágico. Sumamente sutil es el tratamiento que utiliza Conti para llevar al personaje a su fin. No se trata de la moira fatal, cabe al hombre modificar el curso de lo ocurrente del mismo modo que elige sucesivos lugares distintos para lanzar el anzuelo o buscar reparo para dormir, pero esa especie de fatalismo cósmico que fluye envolvente en la estación, el río, el viento, modelan lo que aquel determina para sí, en una imposibilidad de librarse de aquello que pondrá la tónica del drama. La elección se da en la aceptación, en una imposición de fuerzas exteriores que calibran lenta y penosamente como en un jadeo ese traslado hacia lo desconocido. El estilo literario de Conti, fiel a su propósito, es una exacta reproducción de la peripecia del personaje.

Es un viejo barco abandonado, el Aleluya, (nombre a modo de sugestivo emblema) que precipita y determina su final. El Boga ha soñado con la posesión de un barco, ahora surge la posibilidad de restaurar éste y vivir en él: "Era como si lo hubiese buscado a través de todo el verano y lo encontrase ahora, en el corazón del invierno, olvidado de toda su historia".

Una vez establecido en el barco, su suerte quiere que tope con unos maleantes, especie de contrabandistas y rateros. Sin saber cual es la causa, acepta su compañía consciente de poder abandonarlos cuando fuere su deseo: "Generalmente cuando lo fastidiaba algo se marchaba. Había aguantado muchas cosas últimamente. ¿Con qué motivo?. Las cosas se enredaban y no hacía nada para evitarlo. Ahora estaba fastidiado y pensó que bastaba, para arreglarlo, con que una de estas tardes no volviera al barco". Sin embargo, marchaba con éstos en sus correrías, diríase como un espectador. Ajeno a los intereses de los otros, como un autómatas, su anhelo está puesto en el Aleluya. Su vida ha cobrado de pronto un sentido y en la medida que su intuición se lo permite, esta realidad se va a manifestar dentro de sí, con un vigor insospechado.

Rápido, sin pausas, el Boga recorre el camino de una degradación en la que los valores morales no aceptan ser medidos por acuerdos sociales que él no conoce. En esa (su ausencia) será llevado al crimen y de éste a enfrentar su propia muerte.

El Boga en su momento decisivo, da el salto de heroica emancipación que le restituye toda su pasada libertad. Llegar al Aleluya, poder morir sin testigos, elegir su último momento en una lucha sin tregua, con las fuerzas exhaustas, poniendo toda su pasión en su final. Ahora el Aleluya es totalmente suyo, su viejo, como le llama, "ya puedes cuando quieras".

JORGE PORTILLO.

S U D E S T E

(FRAGMENTOS)

El río se extiende ancho y silencioso, y sobre los bancos parece más desolado.

Trabajó todo ese tiempo sin más compañía que la ocasional del perro bayo. Se internaba en los juncos algo después del amanecer y, la mayoría de las veces, ni siquiera regresaba al mediodía para echarse un rato en el refugio. Cuando el agua estaba baja armaba un lecho de juncos y se extendía encima una media hora. Cuando estaba alta, generalmente volvía al refugio o apenas se detenía para mascar un pedazo de galleta y tocino y fumar el pucho más largo que encontraba rebuscando en los bolsillos.

El viento ondulaba la superficie del río y, por encima del río, aquel inconstante mar verde en medio del cual se afanaba. Oía el silbido enroscándose en torno suyo, como una serpiente. Y luego las palpitaciones de aquella enorme soledad. El se movía trasportando consigo aquel mundo, dondequiera que fuese. El viento había ajado sus manos y su rostro, de piel tensa y curtida. La lejanía vació sus ojos y la soledad lo tornó abstraído y mustio.

El zumbido de los aviones crece y decrece sobre su cabeza desde un extremo a otro extremo del cielo. Y después el silencio. El motor de una lancha ruge con desesperación, muy a lo lejos, burlado por la distancia. Un pájaro oscuro remonta el vuelo con un chillido desolado. Ahora oye los ladridos del perro, increíblemente iguales y tristes. Cuando calla, por fin, le palpitan los oídos. Más cerca está el roce constante del junco y el barro que gorgotea debajo de sus pies. Los opacos y parejos estampidos de las chatas areneras, surcando el canal, producen una cálida sensación de bonanza.

.....

El río cambia. A veces es duro y amargo, pero otras veces parece hecho a la medida del hombre.

El comienzo del verano coincidió con aquella gran bajante de

Cuadernos de Mercedes

diciembre, que duró cinco días. Vieron bajar las aguas y vaciarse el río en forma interminable. Por las noches sobrevinía un pequeño repunte, pero a las pocas horas el agua volvía a tirar hacia el río abierto, cada vez más espesa, arrastrando el barro del fondo.

El Boga y el perro bayo andaban cubiertos de mugre de la cabeza a los pies. El perro parecía más bien contento. En los demás, crecía una sorda y constante irritación. De noche dormía tendido en el pasillo, con el perro atravesado a los pies, sintiendo que el barro se secaba sobre su cuerpo, tensándole la piel. La infinidad de zanjas y canaletas que desagotaban sobre el cauce producían un murmullo adormecedor, más y más intenso en la noche, hasta penetrar en las venas. El chasquido de los bagres, que trataban de alcanzar el río abierto, sobresaltaba al perro bayo. Entonces descolgaba el farol y bajaban hasta el medio del cauce. El Boga se apostaba en el lugar que se encontraba más playo y los mataba a palos. La aleta dorsal del pez sobresalía del agua y él descargaba el golpe tratando de acertar un poco más adelante. Así una noche y otra noche.

Al sexto día amaneció todo inundado. En la madrugada, se levantó el sudeste y comenzó a entrar el agua a una velocidad increíble.

Lo primero que hizo fue echarse al agua y sacarse la mugre de encima. Después salieron más allá de la desembocadura, hasta la mitad del banco. El agua estaba muy alta y ellos parecían abandonados sobre un mar infinito. Sin embargo, con el agua alta y el cielo cubierto, los ruidos sonaron más próximos.

El creyó oír voces en dirección del río, hasta que descubrió, más allá del banco, la figura imprecisa de un barco que avanzaba con todas las velas desplegadas. Allí es muy bajo, pero se había aventurado aprovechando la creciente. La verdad que era la primera vez que veía un barco así en ese paraje, de manera que el agua debía estar muy alta. Parecía un gran pájaro ejecutando suaves y majestuosas viradas. Por la forma, creyó reconocer al "Pintarrojo", un queche aparejado a la antigua.

El quedó como deslumbrado, contemplándolo largo rato en silencio, erguido en medio del bote. El sudeste soplaba parejo pero más suave, trayendo ese olor semejante al del mar. El cielo comenzó a abrirse sobre el horizonte, hacia el este, y la luz penetró por allí. El "Pintarrojo" viró lentamente poniendo proa en aquella dirección. El lo vio alejarse y desaparecer sobre aquel borde de luz.

.....

No se puede decir que el río cambie de una manera en in-

Haroldo Conti - SUDESTE

vierno y de otra en verano. Cambia. Eso es todo. Las islas, por el contrario, parecen distintas en cada estación que llega. No sólo por la intensidad del verde, en el verano, sino por algo mucho más sutil. En el invierno, desde el río abierto, se pierden en una lejanía brumosa. De pronto están, de pronto no están. Uno duda del río y piensa que es imposible llegar alguna vez, a pesar de toda esa tenue ansiedad que lo aísla y lo mece y lo acongoja en parte. Más bien son un borde ilusorio, una sombra que oscila con el horizonte, hacia el oeste. Si por fin logra acercarse, entonces parecen todavía más remotas, habitadas por el silencio y la soledad y por una tristeza irreparable.

En el invierno la luz se refugia en lo alto. Amanece y oscurece en lo más encumbrado del cielo, muy lejos de la superficie. En verano sucede lo contrario. La luz comienza a brotar de las mismas islas y, empujando por allí, desborda hacia el resto del día. En la mitad de la mañana, las islas parecen alegres barcas mecidas por el agua. Si uno navega hacia las islas, navega hacia la claridad. Y hacia ese extraño bullicio que ha ido cobrando intensidad a medida que madura el estío.

Todo esto sucede en forma imperceptible. Esto de la madurez. Uno mismo es invierno, uno mismo es verano. Pero de cualquier forma, está bastante claro que todo proviene del norte. La ansiedad y el bullicio y la propia luz. Toda esa exaltación y ese frenesí del verano.

Entre la media mañana y la media tarde, las islas brillan con una luz intensa y pareja, adormecidas al sol. Parecen un poco chatas. Un trazo de luz, un trazo de sombra. Nada de medios tonos. El aire sofoca. La arena en las playas cruje levemente. Hay un silencio espeso e hirviente. La atmósfera es arriba diáfana, pero a ras del suelo vibra y ondula de manera extraña. Luego el silencio se transforma en un zumbido interminable. Pero esto es una parte del verano. En el amanecer y en el anochecer, el día da lo mejor de sí. Y después queda la noche. La brisa del amanecer es fresca y el pescador se estremece levemente. Llega desde el río y sobresalta a las islas. Entonces comienza ese bullicio y ese cosquilleo en la sangre y esa ansiedad que empuja al hombre hacia el horizonte. Un ángel, o algo por el estilo, acaba de pasar rozando el agua y los cabellos revueltos del hombre adormilado dentro del bote. Es demasiado veloz para los ojos del hombre y vino hendiendo la media luz del amanecer, que hace confusas todas las cosas. Apenas se siente el roce pero es suficiente para turbarlo a uno. Ahora debe estar allá, hacia el norte, detrás de las primeras islas. Lo convoca a uno y lo apremia. Es necesario partir.

.....

Cuadernos de Mercedes

Estas islas son bajas y hasta no hace mucho fueron islas en formación. A la distancia, la húmeda y tibia maraña de yuyos que brotan incesantemente las hace parecer más altas. Uno se figura que es un excelente lugar para desembarcar. Pero los pies se hunden en el barro y a través de las suelas de los zapatos se perciben las duras raíces. No hay un solo rincón seco. El barro gorgotea. El jadeo y el sudor lo envuelven como una mortaja.

Mucho antes de la medianoche, el agua había cubierto la tierra. El Boga sintió venir el agua y la oyó agitarse durante toda la noche a través de los troncos de la plataforma. Había atado el bote a uno de los parantes del cobertizo, calculando que el agua iba a cubrir la tierra. En la medianoche recogió el cabo y el bote entró debajo de la plataforma.

No había echado ninguna otra línea porque el agua corre aquí con una fuerza increíble y porque, en caso de tener que salir con el agua alta, se hace más engorroso recogerlas. Más de una vez tuvo que pescar el extremo de una línea completamente cubierta por el agua, zambulléndose donde calculaba que la había atado. Ni siquiera debió dejar una en los bancos. Si quería partir en la mañana, tal vez tendría que resignarse a perderla.

La verdad que no estaba muy claro por qué había subido a la plataforma. El cobertizo, medio derrumbado, filtraba aire por todas partes. Faltaba la paja en muchos lugares del techo y a través de los claros veía la leve claridad de la noche, ese resplandor espectral del cielo nocturno cubierto por nubes muy bajas. En el interior del bote, tapado con la lona, estaba mejor reparado, vaciando antes el agua, naturalmente. Durante la noche no habría alcanzado a llenarse como para empaparlo, si se mantenía sobre la tabla del piso.

Sin embargo, sacó una cuantas cosas del bote y las acarreo hasta el cobertizo. En un rincón de la plataforma había clavado una chapa, para hacer fuego sobre ella. El Boga encendió el Primus y tomó algunos mates mientras comía restos del pescado. Luego se envolvió en la lona y se echó sobre el piso de troncos.

En un momento esperó que lloviera, pero ahora estaba seguro de que no iba a llover. Había cruzado las manos bajo la nuca y observaba el resplandor de la noche a través de los claros de la paja del techo. El agua estaba cubriendo la tierra. Podía oírla. El estaba tendido en aquel cobertizo, en medio de una inmensidad deshabitada. En cierto modo, era como estar tendido en una balsa que boyaba a la deriva. Este sentimiento le producía un raro contento. Se sentía respirar y moverse levemente con mil movimientos y crujidos de sus ropas hú-

Haroldo Conti - SUDESTE

medas, duras y mugrientas; se olía y se sentía de cien formas, en toda la extensión de su cuerpo. Y su propia presencia pesaba sobre él, como algo latente, cálido y muy solitario. El era, en este momento, el centro de ese mundo anegado por las aguas. Un sobreviviente. El silencio y la noche, y las aguas desbordadas y la soledad de aquel río semejante al mar venían a morir alrededor de él. El sentimiento de esto, no la idea, le provocaba una extraña alegría y una especie de rara seguridad. No tenía que marchar hacia nada. Ahora todo convergía hacia él.

El viento comenzó a soplar con mayor intensidad, en rachas húmedas que traían el olor del río. Ese viento y ese olor lo enardecían un poco.

Estuvo desvelado la mayor parte de la noche. Suspendido en la oscuridad, sobre las aguas, en el viento del verano.

Antes del amanecer, oyó el largo lamento de una lancha, amortiguado por la distancia. Era imposible precisar el punto que estaba atravesando en ese momento. El viento jugaba con el sonido, adelantándolo, atrasándolo o sofocándolo. Hasta que bramó indistinto sobre la entrada de El Sueco y, a partir de ahí, creció parejamente en la noche invadiéndolo todo, como si se encaminara hacia el cobertizo y lo fuera a embestir de un momento a otro.

El ruido de la lancha desapareció bruscamente, arrastrado por el viento. El silencio era ahora más intenso.

Al profundo y cambiante resplandor de la noche, seguía una claridad pastosa y chata. Estaba amaneciendo.

El Boga echó las cosas en el bote y luego saltó dentro con el Primus en una mano. Se quitó la gorra y metió la cabeza en el agua. Ya hacía bastante calor, a pesar de la hora. El agua había comenzado a bajar. El cielo se mantenía cubierto, pero era uno de esos días nublados que no inspiran tristeza. Parecía brotar del río una claridad amarillenta, extrañas manchas de luz que fluctuaban perezosamente.

Pensó un momento en abandonar la línea y salir a El Sueco, para cruzar el Bajo del Temor por ese lado. El trayecto era más largo, pero le hubiera gustado costear desde la boca del Chaná a la boca del Chanacito. Recordaba los hermosos árboles de la costa que asomaban por encima de los juncos. Las altas y estiradas copas, tocadas por la última luz del atardecer, es algo que no se olvida. El paraje parece más amplio de lo que en realidad es, e invade el ánimo un júbilo sereno. Además es un buen lugar de pesca y hay unos agujeros escondidos entre los juncos que comunican las bocas de los riachos. La muralla de juncos oculta las bocas y algunas aparecen marcadas, por ese

Cuadernos de Mercedes

motivo, con largas estacas que sobresalen de la línea verde.

Pero también el río abierto tiene su encanto y el camino es bastante más corto. De todas maneras, aún por ahí, iba a tener oportunidad de observar los altos árboles, irguiéndose, al parecer, un poco echados hacia atrás, contra el cielo diáfano y profundo del verano.

Vació el agua del bote y descendió rápidamente hacia el río abierto, impulsado por una correntada formidable. Aprovechó el impulso del agua para fumar un cigarrillo, dejándose llevar a camalote y corrigiendo de vez en cuando la deriva con un rápido golpe de remo.

Cuando llegó al banco, se dejó llevar hasta donde calculaba que había atado la línea. Los juncos se asomaban apenas, porque el agua estaba todavía alta. De manera que no había rastro de la línea. Sin embargo, decidió buscarla, simplemente por el placer de acertar con ella y, en cierto modo, por contrariar al río. La verdad que el río es ajeno a todo sentimiento, pero muy a menudo parece animado por un humor sombrío.

El río es espléndido y el hombre se siente misteriosamente atraído por él. Esto es todo lo que se puede decir.

Ese hombre se detiene junto a sus aguas y observa la susurrante vastedad con cierta nostalgia, como si hubiera extraviado algo muy querido y absolutamente primordial en medio de ese río semejante a la eternidad. Eso, tal vez, le induce a pensar que el río es bueno.

Pero lo cierto es que, en el fondo, más a menudo este río parece endiabladamente astuto y torvo y hasta ruin.

Sus hombres, los hombres de este río, este hombre que ahora observa las aguas con sus ojos de pez moribundo suspendidos sobre ellas como dos espejuelos suspendidos del aire, son en todo semejante a él. Por eso todavía sobreviven. Por eso parecen tan viejos y lejanos y solitarios. No aman al río exactamente, sino que no pueden vivir sin él. Son tan lentos y constantes como el río. Y, sobre todo, son tan indiferentes como el río. Parecen entender que ellos forman parte de un todo inexorable que marcha animado por cierta fatalidad. Y no se rebelan por nada. Cuando el río destruye sus chozas y sus embarcaciones y hasta a ellos mismos. Por eso también parecen malos.

Se desnudó y se echó al agua, después de haber fondeado el bote. En parte lo hizo porque tenía ganas de darse un remojón. Pero estaba seguro de dar con la línea.

Se zambulló sin éxito dos o tres veces.

Es algo endiablado bucear entre los juncos. Las varas rozan el cuerpo produciendo una sensación repugnante.

Se zambulló por fin una última vez y tateó la línea. Se man-

Haroldo Conti - SUDESTE

tuvo asido a ella con una mano. Estaba más bien floja. Cortó el hilo con la navaja y volvió a la superficie sin una gota de aire. Nadó hacia el bote con la línea a rastra. No le ofrecía mucha resistencia. Probablemente no había enganchado nada.

Una vez en el bote, recogió la línea. Faltaban unos seis metros de hilo y los tres últimos anzuelos.

Remó toda la mañana y sólo se detuvo cuando estaba bastante cerca de la costa y del punto mismo de arribada, hacia el mediodía. Con otro bote habría tardado mucho menos, pero de todas maneras no le preocupaba llegar a una hora determinada, con tal que fuera antes de la noche.

El tiempo se presentaba excelente y el río aparecía apenas rizado por una brisa leve del sudeste. A él le gustaba demorarse sobre aquella parte del río, tan baja y a la vez tan vasta. Le parecía llegar del mar, desde algo mucho más amplio y profundo.

Dos o tres veces paró un rato. En realidad, el bote continuó avanzando por el impulso que traía, sumado a la deriva de la corriente. Allí estaba, una mancha oscura e imprecisa, como si flotara en el aire. Y el olor del río y el susurro del agua girando alrededor de él.

Después del chapuzón sintió un poco de frío, pero ahora estaba medio adormecido por el sol. Su cuerpo tan solo, porque algo más íntimo velaba constantemente y observaba las aguas y la costa y el cielo con ojos complacidos, como desde las sombras de una galería, en una casa solitaria.

Allí estaban los árboles, un poco a sus espaldas, hacia la derecha. De pronto lejanos, de pronto inexplicablemente próximos, como aislados, proyectando su soledad hacia el cielo y hacia el río.

27

28

29

30

31

32

33

Noticia de los autores

WILSON ARMAS nació en Mercedes el 22 de diciembre de 1923; cursa Secundaria en esta ciudad y alrededor de los veinte años se trasladó a Montevideo, donde colabora en Teatros Independientes; más tarde dirige, durante tres o cuatro años, el Teatro Vocacional de la Comunidad Lituana en el Uruguay. Ha publicado, en colaboración con Américo Mibelli, un ensayo sobre "Las Dependencias del Teatro Independiente". Actualmente se dedica a estudios estilísticos y de crítica literaria.

SONIA J. CERVETTI nació en Dolores, el 12 de noviembre de 1941; cursó allí los años de Secundaria y en Mercedes los Preparatorios de Letras. Actualmente desempeña funciones en la Biblioteca del Liceo de Dolores. El cuento que aquí presentamos es el primero que publica.

IVAN KMAID, nació en Rivera el 8 de mayo de 1932, aunque desde hace muchos años reside en Montevideo. Ha colaborado en revistas de poesía (7 Poetas Hispano - Americanos, Aquí Poesía) y actualmente tiene en preparación un libro de poemas: "Porque impar es la dicha".

“Cuadernos de Mercedes”

aparece tres veces al año

Precio de cada ejemplar

\$ 4.00

COLABORE CON

“Cuadernos de Mercedes”

HAGASE SUScriptor

(Dicha suscripción se haría efectiva
a cada aparición de la Revista)

Correspondencia y valores a:

Eusebio E. Giménez 629

Mercedes - Uruguay



